

Pablo González Casanova

Discurso sobre la derrota del fascismo*

A fines de abril de 1975 un soldado izó la bandera en el palacio de gobierno. Alguien le preguntó cómo se llamaba y él respondió: ¿Qué importa mi nombre? Es el pueblo de Vietnam el que está izando la bandera. Treinta años antes, a principios de mayo de 1945, un soldado izó la bandera soviética en el antiguo Reichstag. ¿Qué importa recordar su nombre? —nos diría él mismo. Fue el pueblo soviético el que tomó la capital del nazismo.

Venimos aquí a recordar y exaltar el triunfo de los pueblos sobre cualquier forma de fascismo. Y también a recordar el carácter invencible de los pueblos. Nada impidió y nada impedirá el triunfo final de nuestros pueblos. Se les puede detener en su avance incontenible, se puede retrasar por un periodo largo y doloroso su victoria final, como ocurrió entonces en España y hoy ocurre en Chile. Pero a la postre los pueblos triunfan, y cada vez triunfan más y cada vez triunfan más aprisa, en oleadas incontenibles, en crecientes que rompen cualquier dique, como fenómenos de la naturaleza humana, ideológicos y morales, históricos y revolucionarios.

Venimos a recordar y anunciar, como hecho inexorable, el triunfo sobre el fascismo. Porque así como los pueblos triunfaron contra ese proyecto inhumano y bestial en 1945, y apenas ayer, en Vietnam, en 1975, así habrán de triunfar, sin que haya fuerza capaz de evitarlo, sobre todos los proyectos de fascismo que hoy levantan su necia y criminal amenaza de torturas, tierras arrasadas, campos de concentración, expulsiones masivas y genocidios.

La seguridad de la victoria no sólo es producto de la fe en las posibilidades del hombre, ni sólo producto de la experiencia histórica, sino de la reflexión más seria, más perspicaz, y de la claridad ideológica más sincera. Por eso aquí, aparte de recordar, aparte de exaltar el triunfo de los pueblos contra el fascismo en 1945, queríamos aclararnos un poco más por qué nos amenaza nuevamente el fascismo en 1975 y por qué estamos seguros de su inminente derrota, y cómo pensamos, por ciertas evidencias históricas claras, que va a ser la nueva derrota del neofascismo.

[El fascismo es un tipo de dictadura que aparece cuando los grandes monopolios llevan la economía capitalista a una situación de crisis, en que el desempleo, la inflación y el subconsumo afectan a millones de hombres que no tienen ya ni qué llevar a sus casas, y que empiezan naturalmente a

* Pronunciado en el XXX Aniversario de la Victoria contra el nazi-fascismo.

protestar contra esa situación cada vez más injusta, y en sus protestas usan las conquistas democráticas que han logrado en muchos años de lucha, sus asociaciones, sus sindicatos, sus partidos. Y entonces los gobiernos, aliados y lacayos del capital monopólico, usan, por su parte, la fuerza de que disponen para emplearla contra los pueblos, usan la fuerza militar y paramilitar, policial y para-policial para perseguir, torturar y exterminar a la fuerza de trabajo desechada para que los monopolios sigan obteniendo jugosas utilidades, a los hombres que protestan contra los monopolios y proponen medidas reformistas que los afecten, o cambios revolucionarios. El fascismo acaba con los derechos adquiridos por los pueblos, acaba por la fuerza y el terror con las instituciones populares y democráticas —por leves que sean— y ejerce una violencia física intensa y general, que combina con una gran violencia ideológica; esto es, con campañas de grandes mentiras y mitos con los que pretende justificar el terror, y aumentar el miedo psicológico que causan la persecución, la tortura y el exterminio de los núcleos del pueblo, innecesarios y rebeldes.

Por innecesarios y por rebeldes ante las flagrantes injusticias, porque no quieren darles trabajo y porque protestan en uso de sus derechos, el fascismo les arrebató a los hombres el derecho a la vida, después de haberles quitado el derecho al trabajo, después de haber aumentado los precios de todo para especular, después de haber reprimido con grupos de choque a los sindicatos, a los trabajadores, a las asociaciones de vecinos, a los partidos, a los ciudadanos, y a cuanta organización popular prevalezca. Y para eso usa fuerzas mercenarias, fuerzas pagadas, fuerzas represivas: se mete al ejército, se mete a la policía, deformando y desfigurando a sus hombres para convertirlos en calculadores de la burla, en torturadores, en engreídos de prepotencia instintiva, en mórbidos de sadismo: los compromete, los enferma y los vuelve contra sus pueblos, obligándolos a cometer los peores crímenes, y a mirar la lucha contra su propio pueblo como algo propio de su oficio, que les celebra con distintas formas de honor al crimen. Eso es el fascismo en términos generales. Eso es lo que hace con Pinochet en Chile. Así es el fascismo dondequiera que aparece.

Pero si el fascismo es siempre igual, el mundo en que aparece ha cambiado. El fascismo italiano y nazi actuaba en un medio social distinto al de hoy por varios conceptos. El fascismo italiano y nazi llegó, contó con mucha gente que creyó en sus mentiras y en sus mitos. El fascismo y el nazismo se dieron en algunos países donde el capital monopólico era más débil que en otros. El fascismo y el nazismo se dieron cuando el único país socialista que existía en el mundo era la Unión Soviética. Estas características del fascismo, que empezó por los años 20 y que fue vencido en 1945, no son las mismas del fascismo de nuestros días.

Las diferencias son fáciles de comprobar. Hoy los hombres que creen en los mitos fascistas corresponden a grupos muy reducidos. La mayor parte de los fascistas de hoy no creen en las mentiras del fascismo, no tienen fe en los engaños del fascismo, no reverencian a los líderes fascistas. Los fascistas

de hoy suplen la falta de ilusión en el fascismo por un simple miedo al pueblo, por su desprecio al pueblo, por su cretinismo represivo y tecnocrático, por su espíritu mercenario de cinismo moral; pero ni engañan ni se engañan a sí mismos. No creen que vayan a resolver los problemas del super-hombre: implantan por la fuerza un fascismo que creen que va a resolver los problemas de ellos como bestias acosadas por la historia; piensan que los problemas del hombre no tienen más solución que la fuerza bruta, que los grupos de choque, las torturas, los asesinatos, los campos de concentración, y la implantación de un régimen de terror por las "clases privilegiadas" contra las clases trabajadoras y contra todas aquellas fuerzas que luchan en detrimento de sus privilegios y se enfrentan a sus desórdenes y a sus agresiones. Miedo al pueblo y odio al pueblo y a los líderes del pueblo trabajador es lo que caracteriza al neofascismo.

Frente a los mitos falsos del antiguo fascismo este nuevo no tiene ni mitos, no se ilusiona con que va a resolver los problemas de un pueblo o de una raza. Es un fascismo que no puede mentir con que resolverá ni siquiera los problemas de una raza frente a las demás razas, o de un pueblo frente a los demás pueblos. Odia porque tiene miedo y no engaña porque ya nadie le cree. Es un fascismo que sólo quiere resolver los problemas de los grupos privilegiados de cada nación, y que en cada nación está dispuesto a eliminar a sus propios pueblos —blancos o negros, árabes o judíos— por excesivos o por insubordinados, por demasiados, o porque le presentan problemas; todo, prácticamente, con la lógica del cinismo. Nada más.

Fascismo sin proyecto nacional y fascismo mercenario es fascismo avergonzado de llamarse fascismo, y es un fascismo más débil que el anterior, porque una de las armas con que contó en el pasado la política fascista fueron los mitos mentirosos. Y hoy ya no puede usarlos para enardecer a las masas. El fascismo de hoy es un fascismo mucho menos poderoso en el terreno ideológico, porque no cree ni en sus propias falsedades, ni hay pueblo en el mundo que las crea.

Hay otra diferencia entre el fascismo de hoy y el de hace treinta años. El peligro de fascismo no se da ahora, sólo en los países imperialistas más débiles, sino en el país imperialista más fuerte. El peligro de fascismo existe en los propios Estados Unidos de Norteamérica que es el país más poderoso dominado por los monopolios privados. Esta circunstancia hace que la lucha contra el fascismo se identifique mucho más que en el pasado a la lucha contra el imperialismo. Capital monopólico en crisis, política imperialista y política fascista forman una misma unidad, una estrecha asociación, a la que se enfrentan, a la vez, las fuerzas antimonopólicas, las fuerzas antimperialistas y las fuerzas antifascistas dentro y fuera de los Estados Unidos. Y estas fuerzas están alerta, están presionando, creciendo, cobrando conciencia en el mundo entero.

El peligro de fascismo existe también en las antiguas grandes potencias coloniales —en Inglaterra, Francia, Alemania, Italia—, pero, sin duda alguna, el peligro de fascismo es menor en esos países que en los Estados Unidos

de Norteamérica. ¿Y por qué es menor, si esos países están dominados también por los monopolios privados, y se enfrentan también a grandes problemas monetarios, de inflación, de desempleo, de sobreproducción y subconsumo? Entre otras razones porque sus pueblos están muy alertas frente al peligro, y muy decididos a luchar contra un nuevo peligro de fascismo en Europa. Y esto cuenta decisivamente. Como lo han mostrado el pueblo y el ejército de Portugal, unidos en clara lucha contra el fascismo, la colonización, la dictadura, los monopolios privados y el imperialismo.

Pero hay algo más significativo aún entre el fascismo de ayer y el de hoy. El socialismo es la gran diferencia. El socialismo: desde Cuba, pasando por Europa Central y la Unión Soviética y China, hasta Cambodia y la última punta del glorioso pueblo de Vietnam. Desde el punto de vista territorial representa una enorme extensión en la que los monopolios privados tienen una incapacidad históricamente absoluta de implantar el fascismo. Y esta imposibilidad fascista en el mundo socialista no sólo se debe a su tamaño, ni al número de sus habitantes, ni al valor, la moral y el coraje de que han dado pruebas sus pueblos —recuérdese que la URSS perdió 20 millones de hombres antes que dejarse vencer por Hitler—, ni se debe sólo a la cantidad de bombas nucleares, cohetes o submarinos que poseen, sino a que estos países logran cada vez más libertad y más felicidad para más hombres. Y de este hecho elemental, como el pan y el techo y los zapatos, y el trabajo y la paz, no sólo están conscientes los habitantes del extendido mundo socialista, sino los del cada vez más reducido, empobrecido, explotado y reprimido mundo dominado por los monopolios privados, por las empresas transnacionales, por el imperialismo, con su cara cada vez menos democrática y cada vez más fascista, y con la resistencia cada vez más firme de los pueblos.

Luego hay muchas diferencias entre el fascismo que fue vencido en 1945 y el fascismo que están implantando los monopolios en 1975, y que pretenden extender desde sus colonias fascistas hasta sus sedes imperialistas. Estas diferencias son muy significativas para la lucha, en dos sentidos: en primer lugar, para considerar cómo se está luchando contra el fascismo en nuestros días para organizar mejor esa lucha, y, en segundo lugar, para que pensemos con firmeza que si los pueblos ganaron contra el fascismo cuando los monopolios privados eran más fuertes en el mundo, cuando el imperialismo, urgido de guerras y saqueos por su naturaleza misma: lucrativa y expoliadora, era más fuerte en el mundo, con más razón tienen augurada la victoria, de antemano, los pueblos, por dolorosa que sea la lucha contra la estupidez que se cree infalible.

¿Y cómo puede ser esta lucha? ¿Qué queremos decir cuando afirmamos que es necesario luchar contra el fascismo? ¿Qué podemos hacer de efectivo, de práctico, para luchar contra el fascismo en cada uno de nuestros países? Esto dependerá sin duda del país en que nos encontremos y de las características concretas que revista la lucha nacional y la lucha social; la lucha popular de las grandes masas trabajadoras y ciudadanas en el mundo dominado por los monopolios. Pero, en general, las grandes fuerzas democráticas

y revolucionarias del mundo han precisado dos líneas fundamentales de lucha: una, que se da en aquellos países que conservan ciertos vestigios de formas democráticas, y otra, en aquellos países que son dictaduras fascistas, dictaduras explotadoras, descarnadas y simples.

En ambos casos se necesitan frentes antifascistas que abarquen al mayor número de grupos y colectividades, con todas las ideologías democráticas, laicas y religiosas, liberales, radicales, nacionalistas—revolucionarias, socialistas, comunistas, católicas, protestantes. En ambos casos se necesita dar prioridad, en medio de las diferencias ideológicas de esas fuerzas, a impedir la dictadura fascista donde ésta no se haya instalado, o a derrocar la dictadura fascista.

En ambos casos se necesita impedir las divisiones de las fuerzas antifascistas, de las fuerzas democráticas y socialistas. Para ello lo que se requiere es dar una gran batalla ideológica y darla en una forma concreta. Así, concretamente, en México, tenemos que dar esa batalla, y para que esa batalla sea concreta lo primero que debemos decirnos es esto: son muchas las fuerzas en nuestro país que han declarado estar contra el fascismo, y que, efectivamente, no quieren que haya fascismo. Pero, ¿qué se necesita hacer en México para que no haya fascismo? ¿Cómo se debe plantear prácticamente la lucha contra el fascismo?

Pensamos que hay dos respuestas a esta pregunta. Apoyándonos en la experiencia histórica, creemos que el pueblo mexicano va a dar dos respuestas. El pueblo mexicano —y en particular la clase obrera, cuya responsabilidad política será creciente y a la postre definitiva—, y con la clase obrera, los campesinos, las capas medias, los estudiantes, los intelectuales y todas las fuerzas democráticas genuinas, firmes, incluso los soldados democráticos y revolucionarios, van a dar dos respuestas al fascismo, una, que puede tener probabilidades de perder, pero que si triunfa hará menos doloroso el porvenir inmediato. Y otra, que, en caso de que falle la anterior, tiene todas las probabilidades de triunfar por dolorosa y prolongada que sea.

La primera consistirá en que varias colectividades van a buscar unir sus fuerzas, en forma predominante, para una lucha legal y pacífica contra el fascismo. Varias colectividades, con sus masas, con sus líderes y sus ideólogos profundizarán, cada vez más, en los problemas políticos, económicos, militares e ideológicos de una lucha que impida el fascismo en México. Varias colectividades se preguntarán cómo pueden fortalecer la alianza antifascista, qué medidas son necesarias para resolver los problemas del desempleo, la inflación, el endeudamiento externo; cómo aumentar el sector público de la economía; cómo quitarle fuerza realmente a las compañías multinacionales y a los monopolios lucrativos del hambre, de las enfermedades, y la miseria; cómo comprometer ideológica y prácticamente a las fuerzas nacionales surgidas de una revolución popular y nacional con un programa antifascista; cómo lograr una movilidad del pueblo con una gran disciplina; cómo orientar al pueblo con consignas exactas y con informaciones precisas. Esta respuesta al fascismo —pacífica, legal— se está dando y se va a dar; las colectividades democráticas y antifascistas hallarán la respuesta con la máxima profundidad

y disciplina que les permita su experiencia política y su pasión, democrática, patriótica y revolucionaria.

Si esta respuesta del pueblo y de las clases trabajadoras pierde —como es posible— el pueblo será objeto de las persecuciones más brutales, de las represiones más salvajes. Si tal fuera el caso, no lo dudemos: el pueblo se defenderá con todos los medios a su alcance contra la política fascista, contra el crimen, contra el genocidio. De sus masas saldrán otros líderes y otras armas, otra conciencia de los problemas prácticos de la lucha y otras expresiones de la lucha; el pueblo mexicano, este pueblo valiente y heroico volverá a triunfar sobre los déspotas y los tiranos, y luchará en oleajes incontenibles hasta la victoria. Entonces establecerá el socialismo, como el sistema invulnerable al fascismo, desde Stalingrado hasta Hanoi, pasando por Playa Girón. México buscará en el socialismo las nuevas formas de la libertad y del pan, del respeto al trabajador, y de la escuela y el agua, y el hospital, y el libro, y los zapatos, y el trabajo; surgirá una nación diferente, más auténtica y más nuestra.

Así va a ser la historia concreta. Preparémonos para ella y preparemos a nuestro pueblo —en cada rincón de México y de América— para luchar con todas las armas a su alcance contra cualquier genocidio que se intente por el fascismo y el imperialismo. ¿Y quiénes más que nosotros querríamos que los pueblos ganen por su propia fuerza y sin recurso a la violencia? Pero si los persiguen, también vencerán. Si los humillan, también vencerán. ¡Que lo sepan los fascistas en la intimidad de su cerebro! Los pueblos vencerán. De hoy en adelante vencerán. Vencerán cada vez más aprisa. Vencerán.

Nosotros, los mexicanos, queremos vencer por las buenas. Pero, ¿cómo decirselos para que lo entiendan? Nosotros los mexicanos, por las buenas o por las malas, venceremos. Nosotros los latinoamericanos, por las buenas o por las malas, venceremos. Los trabajadores, venceremos; los campesinos, venceremos; los estudiantes y los profesores, venceremos; las mujeres, los jóvenes, los niños, venceremos. Y si algunos perdemos y si algunos caemos, otros se levantarán para gritar: ¡Hasta la victoria siempre! ¡Venceremos!